

SUSCRICION.**MURCIA.**

Pago adelantado.

En mes. . 75 centimos.

Trimestre. 2 pesetas.

FUERA.Suscripcion directa,
un trimestre 2 pesetas;
por conducto de comi-
sionados, 2 pesetas 50
centimos.

Núm.º suelto 20 cénts.

**REGALOS**de libros en todos los
sorteos de la lotería
nacional.**OFICINAS**

calle de Zoco, núm. 5.

Las suscripciones de
trimestre se norman
para finalizar por los
del año.

EL CHOCOLATE.

REVISTA DE LITERATURA, MODAS Y PASATIEMPOS.

UNA HISTORIA EN UNA CARTA.

«Querido Enrique: Admírate, sorpréndete, pásmate. Tu amigo Antonio va á hacer la última calaverada. Estoy decidido; me caso. Mas aun; me caso enamorado.

Todos caemos, dirán algunos sin advertir, que en mi caída hallo, lo diré, mi regeneración. No es que caigo, amigo mio; es que me levanto: tomo estado, cambio de vida, es decir, de hoy en adelante voy á ser otro; otro... yo que siempre tuve mi vanidad en ser el mismo. Parece mentira. Yo que me he encontrado con tantas, me figuro que es ahora cuando he encontrado una mujer. Quizás tambien en otro tiempo hubiese hallado alguna, si antes no hubiese tenido la desgracia de perderla. Habia declarado la guerra á todas las mujeres y héme aquí prisionero de una bella criatura. La quiero mucho, mucho... tanto como tú querias y sigues queriendo á la mujer que es hoy tu orgullo y tu ventura. Amo con entusiasmo... y con poesia. Es la primera vez que he tenido necesidad de emplear esta palabra para expresar mis pensamientos. Quieres saber la causa de esta súbita trasformacion? Quieres volver á conocer al amigo de toda tu vida? Tú que me tratas tanto, quieres saber quien soy?

Hoy he cumplido treinta y cinco años. Ha pasado el tiempo muy veloz; pero ha dejado en mí las huellas de su paso. Algunas arrugas y algunas canas es todo lo que me indica que no ha pasado para mí el tiempo inútilmente. He visto muchas cosas y he averiguado al fin que siempre he vivido ciego. No soy un niño; pero hace muy po-

cos dias que he abierto los ojos á la luz. Algunos me dirán que es un disparate; pero puedo asegurarte que hoy con treinta y cinco años, con algunas arrugas y con algunas canas, soy mas jóven que á la edad de diez y ocho. He conocido á una mujer y me he quedado sorprendido: esta sorpresa es tanto mas extraña cuanto ya sabes que siempre he tenido la pretension de conocer mucho á las mujeres. No puedo decir que la he encontrado en mi camino, porque no ignoras que yo andaba en malos pasos; pero sí puedo decir que ella me ha detenido en mi carrera. Me he detenido y he reflexionado. He vuelto la cabeza atrás, porque ya no era posible pasar mas adelante: he mirado y he visto: he visto el fondo oscuro y pavoroso de mi vida.

A poco de nacer, me quedé sin padre y mi madre no tardó mucho en seguirle. Sabes que heredé una gran fortuna; pero es indudable que desde entonces la suerte me volvió la espalda. Era jóven, era rico y era libre. La libertad es una gran cosa, no lo niego; casi todos mis amigos saben que yo he sido siempre liberal; pero, ¿cómo ha de ser, querido Enrique! la libertad de que yo gozaba pronto me encadenó á todos los vicios y pasiones. Quise ser hombre de mundo y comencé á rodar por él. Quise ser conocido y me presenté en todos los círculos viciosos. La vida se pasa á tragos y llegué á ser famoso en todos los cafés porque nadie como yo apuraba en menos tiempo tantas copas de rom y de coñac. El dinero debe ponerse en movimiento y ninguno circulaba como el mio: yo le hacia rodar por los tapetes de todos los garitos de Madrid. En

todas las orgias, en todos los escándalos tomaba yo parte principal. Era joven y me gustaban las mujeres. No me enamoré jamás á lo Macías, porque era necesario ponerme á la altura de mis circunstancias. Tú sabes que los amantes de Teruel me hacían desternillar de risa y ya te acordarás de los agudos chistes y deliciosas bromas que se me ocurrían siempre al hablar de tus platónicos amores. Buscaba solo en la mujer la satisfacción de mis sentidos; pero no podrás negarme que amaba de veras, que amaba con locura, con frenesí, que amaba... como un bestia. Tus amores sencillos, tus poéticas frases, tus goces del alma eran palabras huecas para mí. Decías tú con el mayor candor que ninguna mujer honrada podría avergonzarse del amor que tú le profesases; pero has de convenir conmigo en que las mujeres que yo trataba, jamás se avergozaron de la pasión que me inspiraban. Tu esquisita delicadeza, tus finas atenciones para con ellas me parecían de un gusto deplorable. Yo las trataba mejor que tú. ¿Te acuerdas de la morena? Un día que quiso levantarme el gallo, estuvo en un tris que no la ahogara. Recuerdo que le hacía tanta gracia, que solía decir de mí que daba muchas veces buenos golpes. A lo mejor nos expresábamos el cariño andando á brazo partido. Yo gastaba el dinero; pero á ella mi amor por poco le cuesta un ojo de la cara. Es verdad que no me era tan fiel como yo hubiese deseado; es cierto que se llevó la mitad de mi fortuna; no niego que en defensa de su honor tuve que batirme algunas veces; confieso ingenuamente que aquella pasión me degradaba, me envilecía; pero... qué diablos! así han de amar los hombres corridos. Me creía un hombre de mundo porque precisamente era juguete de él. Decía mal de todas las mujeres; el matrimonio me espeluznaba; la virtud era una palabra sin sentido. No hablemos de creencias; era yo un *sprit fort* en toda regla.

Tú conoces bien mi vida borrascosa. Como D. Juan Tenorio, llevaba el escándalo conmigo. Estaba orgulloso de mi nombre. Yo mismo fui trompeta de mi fama. Llevaba mi ignominia como un título de gloria. Tú sabes esto perfectamente: pues oye ahora el relato de la aventura de que estoy más envanecido.

Un día... acababa de reñir con la morena: no quiero referir los detalles de la escena en que rompí con ella, porque no quiero que te avergüences ni quiero avergonzarme yo: ya sé lo que es vergüenza. Por primera vez medité un poco acerca de mi vida; por primera vez sentí una cosa semejante al rubor; por primera vez pareció que mi conciencia quiso revelarse. Ardía mi cabeza, quise tomar el fresco y me puse en el bal-

con. Levanté los ojos y ví detrás de unos cristales la cara de mujer más encantadora que he visto y que he soñado. Cómo podría pintartela yo? Te diré que es muy blanca, que es muy rubia, que tiene los ojos muy azules? No, no es eso; es más que eso. De su boca entreabierta parece que se escapa una sonrisa y un suspiro. Yo no he podido averiguar aun si la aurora es alegre ó triste; pues en sus ojos está la aurora: como en esta, me figuro ver en sus pupilas la luz que se aproxima y las sombras que no se han disipado todavía. El color de sus ojos es azul, pero es azul muy oscuro. Su frente es serena y á veces una arruga leve se dibuja en ella; es como un lago en cuya superficie se levanta una ola apenas perceptible. Primero su frente se inclina hacia la tierra y luego sus ojos se levantan para mirar al cielo. Se ve en su rostro angelical la resignación y la esperanza. No sé; pero me figuro que al verla comencé á abrir los ojos á la luz. Esta es la mujer con quien voy á unirme para siempre.

Confieso que pasada la primera impresión, quise enamorarla siguiendo el sistema de que en otro tiempo tanto me alabé. Agoté todos los recursos de mi táctica. Jamás correspondió á mis miradas atrevidas y á mis sonrisas equívocas. Averigué su nombre y le escribí... figúrate en qué estilo! Miradas, sonrisas, cartas... todo inútil. Lo que es en la calle no pude verla ni una vez siquiera. Yo sabía por la portera de su casa, buena mujer cuyo defecto es hablarlo todo, que era pobre, que tenía una madre casi ciega y un hermano muy enfermo. Trabajaba todo el día y mucha parte de la noche: era el único sosten de su familia. Si yo la veía todas las tardes sentada detrás de los cristales de la ventana de su humilde cuarto, era porque se acercaba allí para aprovechar mejor los últimos instantes de la luz que se extinguía. ¿Qué mujer es esta me decía yo? No conozco bien á las mujeres? Yo lo he visto todo, ¿cómo no he visto nunca cosa semejante?... Y la quería, Enrique, cada día iba queriéndola más. Una vez me dijo la portera que María, así se llama la mujer que adoro, iba á casarse con un hombre bastante viejo; pero bien acomodado. Lo que en otra hubiese sido repugnante cálculo, en ella era un inmenso sacrificio. Faltábale el trabajo, las fuerzas le abandonaban, su madre iba quedándose más ciega y su hermano cada vez con menos esperanzas de curarse. La miseria, la miseria horrible estaba á la puerta de su casa. Entonces recordé que una tarde me pareció ver que derramaba algunas lágrimas. Salí de la habitación de la portera y me metí en mi casa llevando en mi cabeza un mundo de ideas. No sé porqué; pero me puse á com-

templar un cuadro, que, á pesar de mi vida borrascosa, habia conservado siempre con cariño. Era el retrato de mi padre y el retrato de mi madre. Estaban juntos; sus manos se unian; en su mirada tranquila resplandecia la dicha; sus bocas entreabiertas parecian querer decirme alguna cosa. De pronto dejé el cuadro, besándolo por primera vez. Tomé el sombrero, bajé precipitadamente la escalera, crucé la calle como un rayo y llegué á la casa de Maria: subí los escalones de cuatro en cuatro hasta el quinto piso, llamé á la puerta de su pobre cuarto y á los pocos instantes penetraba en él. ¿Qué mas quieres que te diga? He tenido que vencer bastantes inconvenientes; pero nunca es tarde si la dicha es buena. Esta noche me caso con Maria. La quiero como tú has querido siempre á tu Luisa y le digo las mismas frases que tantas veces he ridiculizado en tí. Pienso como tú pensabas; siento como tú sentias. Pobres mujeres!... las compadezco y las respeto. He tenido madre; tengo hermanas y Dios sabe si llegaré á tener hijas. Ahora és cuando verdaderamente soy feliz porque soy honrado. Ya no soy aquel... soy otro.

Tu amigo que te quiere.—Antonio »

Ha venido á mis manos esta carta y la publico con permiso de su autor.

G. V. y S.

LAS ESTRELLAS ERRANTES. (1)

—¿Qué son, madre, decia
estrechando su seno con ternura
y con acento de infantil candor,
qué son, ¡oh madre mia!
esos puntos de luz que en noche oscura
el aire cortan con girar veloz?
Trazando blanca huella,
cual lágrimas caidas de una estrella,
un instante las miro fulgar.

La madre sonriente
respondió de este modo al inocente
que la escuchó con crédula bondad:
—En los celestes ámbitos serenos
son esas chispas que contemplas tú
las almas puras de los niños buenos
que Dios trasforma en ángeles de luz.

De la callada estancia
que alumbran de la tarde los fulgores
la pobre madre llora en un rincon;
aun la vaga fragancia

(1) De una coleccion titulada IDEAS SUELTAS.

se aspira allí de las nevadas flores
con que al infante muerto se adornó.

La llama moribunda
del sol se apaga y á la vez se inunda
de estrellas la azulada inmensidad;
la madre acongojada
eleva al firmamento una mirada
buscando alguna cosa con afan,
y vé surcar los ámbitos serenos
del estrellado firmamento azul
las almas puras de los niños buenos
convertidas en ángeles de luz.

¡Bien haya el que confia
en la eterna verdad que nunca niega,
consuelo al que la implora en su afliccion!
La pobre madre un dia,
en el que de llorar quedóse ciega,
en una noche eterna se abismó;
y desde entonces baña
su rostro que la pena ya no empaña,
dulce, tranquila, bienhechora paz.

Su espíritu creyente
entre las sombras ve constantemente
átomos luminosos resvalar:
ante sus ojos fijos y serenos
pasan siempre en alada multitud
las almas puras de los niños buenos
convertidas en ángeles de luz.

Ricardo Gil.

LA ELECTRO-BIOLOGIA.

Recomendamos á los magnetizadores murcianos los asombrosos experimentos que, de la ciencia nueva con cuyo nombre encabezamos estas líneas, están llamando la atencion en los Estados Unidos.

Lo que preocupa en estos momentos á los graves hombres y preocupará á D. Marius, si es que nos lee, no es verdaderamente un descubrimiento sino una nueva aplicacion de ese fluido misterioso que se llama «electricidad»

La electro-biologia es la observacion de los fenómenos que se manifiestan en el organismo humano cuando se le somete á la accion simultánea y combinada de la electricidad mineral y de la electricidad animal ó magnetismo. La accion de ambas fuerzas produce efectos curiosísimos y los medios para obtenerlos son tan sencillos y fáciles que cualquiera de los aficionados á magnetizar los tiene á su alcance, basta con que se procure un disco de zinc y de cobre.

Colocado el sujeto que se va á magnetizar sobre un asiento cómodo se le pone en las

manos el disco, el cual debe mirar fijamente, teniéndolo cojido con las yemas de los dedos y sin distraer un momento la atención ni la mirada. Debe procurar desechar todo recuerdo, alejar de su espíritu toda preocupación y hacer que el pensamiento duerma y que el cuerpo esté en una quietud perfecta y sin incomodidad ni violencia.

A los doce minutos lo mas pronto, á los veinte y dos en los casos mas rebeldes empiezan á manifestarse los fenómenos. El magnetizado obedece cada vez que el magnetizador le toca con una varilla de metal. Todas sus facultades se acrecientan, recuerda hasta los sucesos mas insignificantes, efectua operaciones complicadísimas de cálculo con rapidez maravillosa, emite juicios y apreciaciones exactas y asombra á cuantos le oyen con los rasgos de su inteligencia que aquilatan y centuplican las dos electricidades.

La transformación que en estos experimentos se verifica en las dotes corporales del individuo no es menos digna de atención. Las mujeres se convierten bajo la influencia de la doble corriente en ángeles sin alas. Inclínada suavemente la cabeza sobre el pecho y entreabiertos los labios por una dulcísima sonrisa, no encuentran mas que palabras de ternura y pensamientos de una bondad angelical para contestar á las preguntas que se les hacen. Su voz adquiere inflexiones extrañas y dulcísimas y cuando se las manda cantar lo hacen de tal modo que al oírlas se comprenden estas palabras de Brook, autor de un folleto sobre la electro-biología: «He sido apasionadísimo de la música, pero desde que oí á Ms. Beccher cantar en una sesión biológica he perdido mi antigua afición en términos que he dejado por completo de ir á la ópera. Algunos me preguntan la razón; yo les contesto: he oído ya el canto de los ángeles y no me agrada el de la tierra.»

Animo pues, Mr. Marius.

P. D. C.

A R....

Bello ángel de mis amores,
 casta hurí de mi embeleso,
 pura como el tierno beso
 que dá el céfiro á las flores.
 Niña de rasgados ojos
 tan negros como la pena,
 que á mi triste pecho llena
 á causa de tus enojos.
 Deja que con ronco acento
 y con torpe desaliño,
 cante tu tierno cariño,
 reina de mi pensamiento.

Tú mi dicha, mi deseo,
 idea que en mi interior vaga,
 esperanza que me halaga
 en todas partes te veo.
 Te miro del día al albor
 en la rosa del pensil,
 pero al recordarte á tí
 hallo pálida la flor.

Como escuchar el acento
 de tu voz dulce y suave,
 en el suspiro del ave
 en el murmullo del viento.
 Si á hermoso vergel de flores
 la luna en su luz envía,
 su tierna melancolía
 y sus resplandores vagos,
 pienso si en tan dulce calma
 te llegase á contemplar,
 y te pudiese contar
 todo su cariño el alma.
 Y sobre el césped mullido
 por flores embalsamado,
 sitio por Dios destinado
 para ser de amantes nido,
 pasan horas dulcemente
 contemplando tus hechizos,
 prenderme en tus blandos rizos
 y besar tu pura frente.
 En tan amoroso anhelo
 el alma feliz gozara
 y puede ser que soñara
 que se encontraba en el cielo.
 Que eres mi prenda querida,
 mis ensueños seductores,
 y me fueran tus amores
 el encanto de mi vida.
 Feliz si en revuelto giro
 en alas del suave viento,
 llegase hasta mí el acento
 de tu amoroso suspiro.
 Si cual hechicera flor
 guarda el cristal del rocío,
 me guardases, dueño mio,
 una lágrima de amor.

Antonio G. Alix.

NOVELAS DE C. PAUL DE KOCK.

LA CASA DEL MIEDO.

Ensayo campestre en cuatro actos.

(Continuacion.)

Escena III.

DICHOS Y JOSEFINA.

Josef.—(Llega cubierta de sudor.) Esto es aun mejor... ir tan lejos y, al fin, para nada!..

M. Gros.—¿Cómo para nada? no has encontrado leche en Romainville?

Josef.—No señor; todas las lecheras la llevan á París por la mañana, y ya no queda una gota en todo el pueblo.

M. Gros.—Que hubieran ordeñado; allí hay vacas...

Josef.—Sí, sí; buenas se han puesto cuando les he hablado de ordeñar; han respondido:—Aquí se ordeña á las cinco y no es cosa de trastornar nuestras horas y perjudicar á las vacas por daros gusto.

Mad. Gros.—¡Vaya un campo!... sin leche!...

M. Gros.—Sin duda es muy desagradable... Pero no volverá á ocurrir; desde mañana se tomará en el pueblo todos los días á las cinco... Yo estoy tan disgustado como tú por no poder tomar mi café... Y es preciso desayunarse...

Mad. Gros.—Pues no hay nada; como no sea ensalada del jardín.. lechuga; y esto por la mañana sienta mal al estómago.

Maria Juana.—(Llegándose á la puerta con su asno.) Hace falta algo?

M. Gros.—Ah! nos hemos salvado: ahí está la muchacha de ayer... Tomadle huevos, frutas, legumbres... provisiones, en fin.

Josef.—(Después de haber visto á Maria Juana) No trae mas que ensalada y cebollas...

M. Gros.—(Echándose en un banco con rabia.) El diablo se la lleve á ella y á su asno!... Por Dios, Josefina; acercaos á las tiendas mas próximas y traed todo lo que encontréis.

Josef.—(Saliendo.) Y lo menos que estaremos aquí será hasta octubre!...

Mad. Gros.—Vamos, Benjamin, toma chocolate con pan mientras vuelve Josefina.

Escena IV.

LA FAMILIA GROSBILLON, MR. POTARD

Y MR. CROTONET.

M. Crotonet.—(Parándose á la puerta del jardín.) Es bonito este jardín, bien cuidado ..

M. Potard.—Ah! sin embargo, no tiene mas que jirasoles... y está mal arreglado, mas dibujado...

M. Gros.—Tomaos la molestia de entrar, señores.

M. Pot.—Estábamos admirando vuestro jardín.

M. Gros.—Oh! y eso que aun no he tenido tiempo de ocuparme de él; llegamos ayer, pero ya le daré instrucciones á mi jardinero... El señor es mi vecino?

M. Pot.—Sí, señor, de lo cual estoy muy disgustado.

M. Gros.—Cómo?

M. Pot.—Sí; detesto este pais; aquí falta todo, se paga todo mas caro que en

París, hay que andar una legua para encontrar una chuleta!...

M. Crot.—Y no se dice nada de ladrones desde hace algun tiempo...

M. Pot.—Sí, todos los dias hay algo que contar... Anteayer por ejemplo, á Mad. le Long en el bosque le robaron tres conejos.

M. Crot.—Tres conejos!... eso es serio, diablo! ya estoy yo temiendo que me roben.

M. Gros.—Pero cómo habitais este pais si tan poco os gusta?

M. Pot.—Por mi mujer que dice que aquí tose con mas facilidad .. pero en cuanto muera me marcharé enseguida á Bretaña. Y habeis pagado muy cara esta casita?

M. Gros.—Ocho mil francos.

M. Pot.—Es mucho mas de lo que vale... la propiedad pierde cada dia mas en este pais.

M. Gros.—Y el señor vive tambien por aquí cerca!

M. Crot.—Sí, señor, en el bosque con mis dos mujeres, quiero decir con mi tia y mi esposa que está en cama ya catorce meses, con un dolor en el talon que ahora se le ha extendido hasta las caderas...

M. Gros.—A vuestra esposa?

M. Crot.—Sí, señor; y después un hijo de tres años, una hija que no habla todavia... Vuestro pequeño habla, segun creo...

Mad. Gros.—Seria un poco fuerte si á los ocho años aun no hablara.

M. Crot.—Podia ser sordo-mudo...

Mad. Gros.—Pero como ni mi marido ni yo padecemos ninguna enfermedad, no sé porqué habia de ser nuestro hijo sordo-mudo.

M. Crot.—Esa no es razon: mi padre era tartamudo y, sin embargo, yo hablo perfectamente... Así vuestro hijo podria muy bien ser sordo ó volverse.

Mad. Gros.—(Aparte.) Dios mio este hombre es un bárbaro!

M. Pot.—Vecino, venimos á deciros que desde algunos dias hacemos patrullas por el bosque... entre nosotros los habitantes del bosque solamente... son medidas de seguridad; creemos que querreis ayudarnos... es solo desde las diez de la noche hasta el amanecer.

M. Gros.—(Disimulando la ira.) Con mucho gusto, señores... Y cuando me tocará el turno?

M. Pot.—Una vez ó dos por semana... Como somos pocos en el bosque... Teneis fusil?...

M. Gros.—Sí, tengo dos.

M. Pot.—Entonces me dejareis uno porque yo hago la ronda con una podadera.

M. Crot.—Y yo con una azada, pero casa de los hermanos Matan hay armas y ya les he dicho que me presten una.

M. Pot.—Hasta la vista, vecino; tengo

tanto gusto en conoceros. Señora...

M. Crot. — Salud, señoras y señores. (*Salen los dos.*)

Mad. Gros. — Pues señor, si esta es una muestra de la sociedad del país, promete.

M. Gros. — Hacer patrullas por el bosque, de noche!... No habia yo venido al campo con esta intencion.

Escena V.

LA FAMILIA GROSEILLON Y JOSEFINA.

Josef. — Ternera asada; es lo mas fresco que he encontrado.

M. Gros. — No me gusta mucho así la ternera

Mad. Gros. — Almorcemos bajo este árbol; eso será muy campestre. (*Comen todos en silencio; á poco, caen unas orugas en el asiento de Mad. Groseillon*)

Mad. Gros. — Ay! qué horror! gusanos en mi asiento! No quiero comer al aire libre.

Josef. — No se encuentra nada por aquí cerca; me he informado bien. Es preciso ir á Belleville por provisiones.

M. Gros. — Entonces, cómo vamos á comer? Podrias tú ir á Belleville, Josefina?

Josef. — Pero quereis matarme, señor? y hay que ir á buscar leche á Romainville!!...

M. Gros. — Esposa, vamos á dar un paseo hasta que anochezca?... Haremos ejercicio y compraremos plomo para cargar mi fusil. (*Salen.*)

(*Se continuará.*)

PEINADOS.

Recomendamos á nuestras lectoras las siguientes descripciones de varios peinados, que hallamos en un colega:

«Sea la primera la de un peinado de desposada.

El cabello de encima de la frente se dispone en ondulaciones, que van á reunirse con el cabello peinado hácia arriba, cerca de la oreja, colocando además á cada lado un *torzal*, rodeando varios bucles, y terminando en otros bucles flotantes, pero no demasiado largos.

Por encima de la frente, se pone una ancha corona de flores de azahar ó de naranjo, procurando que esté cubierta por el velo blanco, tul de ilusion, que se prende en la parte inferior de la misma corona, y cuidando de que dicho velo esté echado hácia atrás.

Este mismo peinado, cuya sencillez y elegancia será de vuestro agrado, puede servir tambien para reuniones de confianza,

quitando en tal caso la corona y poniendo en su lugar, pero entre los bucles del lado izquierdo, en la parte mas alta y mas baja, algunos pequeños ramitos de heliotropo, con una rosa de Alejandria ó una diminuta camelia.

Otro peinado para *soirée* de etiqueta es el siguiente:

El cabello de delante va tambien ondulado, pero replegado hácia la oreja, en ambos lados, y por encima de los bandos que forma se cruza una trenza, lisa ó adornada con algunos jazmines, y sujeta con una peineta de concha, ancha y lisa.

El cabello de detrás se peina hácia arriba, mas cuidando de formar algunos bucles, no muy largos, que caen sobre la peineta hasta el cuello.

Este peinado no exige mas flores que las indicadas de jazmin, entre la trenza, pero se puede poner en el lado izquierdo, en la parte superior, un broche pequeño de brillantes, sujetando un lacito de terciopelo rosa y blanco.

Otro peinado de mucho gusto es el que describe á continuacion:

Todo el cabello va levantado, y sobre la frente se rizan algunos bucecillos, que van sujetos por una trenza formada en medio círculo, de oreja á oreja, por la parte superior, y fijada por una peineta de concha, alta y lisa.

Otros bucecillos, que parten desde el fondo de la peineta, caen sobre esta, hasta el cuello, formando un conjunto de mucho gusto.

En este peinado estará bien una camelia, no muy grande, y un pequeño capullo de rosa.

Agradecemos á nuestro estimado colega «El Ideal Político» las frases con que saludó nuestra reaparicion.



Van á condenarse pronto
á los grandes criminales
en vez de ir á presidio
en andar por nuestras calles.



Dijo Felipe II á D. Diego de Córdoba una tarde de diciembre.

—Gran frio hace; no sé en qué emplear la noche.

—Acuéstese vuestra majestad,—respondió,—porque no hay cosa mas caliente en el invierno ni mas fresca en el verano, que la cama.

—Así lo haré; venme á desnudar.

Cuando se hubo acostado, mandó el rey á D. Diego que leyese. Tomó éste un libro y la palmatoria, hincó la rodilla, y estuvo leyendo mucho tiempo. Entretanto el rey se habia vuelto hácia la pared, y como don Diego creyese que dormia, cerró el libro y se levantó en silencio.

El rey, conociendo su idea, le dijo:

—No me duermo, Córdoba.

Pero D. Diego, haciendo una gran reverencia, respondió:

—Pues yo sí.

Y dejando el libro se marchó con mucha frescura.



De las calles en el piso
historias hay de desastres
los pies las van escribiendo,
y las bocas las reparten.



En un exámen de derecho.

—Vamos á ver ¿tendrá V. la bondad de decirnos cuántas son las formas de gobierno mas generalmente conocidas?

—Sí, señor; la monarquía, la dictadura, la oligarquía y la república.

—¿Y sus diferencias?... En qué difiere, por ejemplo, la monarquía absoluta, de un gobierno democrático?

—Toma, ya lo estamos viendo; en que los serenos en lugar de *Ave Maria* dan el grito de *viva* la república federal, seguido por lo comun de un *tiempo vario* ó de un *nublado* espantoso.

(El catedrático torciendo el gesto.)

—Basta: queda V. suspenso

(El discípulo al marcharse.)

—Ah! Yo conozco á un individuo del ayuntamiento que por mi contestacion me hubiera dado la nota de sobresaliente.



Pensamientos.

Con la mujer que se pinta el rostro no sabe uno lo que se pesca.

La vida es el camino de la muerte: el estanco es el atajo.

Ama, fuma, bebe y prepárate, porque no ves la Noche-buena.

La política es la forma, la confianza el fondo, la grosería el cieno.

Las heridas del amor se cierran por el amor; la mancha de la mora con otra verde se quita.

Desde que se baila en España el can-can, se nota que hay un ciento mas de viejas verdes.

Para buscar las pantorrillas de una bailarina, dirígete á cualquier almacén de enchidos de algodón.

La mayor plaga para los periódicos, son los *gorrones*.

Para el gacetillero, cada *gorron* es un verdugo.

Los *gorrones* puede decirse que están demás en todas partes.



En el próximo número y como prueba de aprecio á los que con su suscripcion nos ayudan á crear en esta capital una revista literaria de que carecia, ofrecemos empezar la publicacion de los que tenemos reconocidos como suscritores, por estar al corriente del pago del trimestre.



De una taberna situada junto á la Catedral, salieron noches pasadas dos compadres andaluces con la chispa del siglo, y fijándose en nuestra basilica dice el uno:

—Sabe V. lo que estoy pensando, *compadre*?

—¿Es algo bueno?

—Que podíamos dar á Múrsia el gran *camelo*.

—¿Cómo?

—Osté se pone á una esquina de la catrea y yo á la otra; cuando estemos en facha yo diré *¡isa!* y comenzamos á empujar, pa que cuando mañana se espierten los vecinos se encuentren la catrea al otro lao.

—Buena idea, señó Curro, ya estamos pitando

Quitáronse las chaquetas y los calañeses nuestros dos héroes, las dejaron en el suelo á la luz de un farol, y escupiéndose en la palma de la mano comenzaron su impropia faena de empujar la catedral. Entretenidos gravemente en la maniobra, no pudieron observar que un diestro caco, viendo aquella ropa sin guarda, creyó muy del caso apropiársela y tomar las de Villadiego mas que á paso. En esto el que estaba menos beodo, se acordó de volver la cabeza para tener cuenta de las chaquetas y sombreros; y como por mas que abria los ojos no descubria el bulto, absorto de admiracion y orgulloso de su obra dice al compañero:

—Chavó, ¿saboste lo que igo?

—¿Qué? replicó el otro.

—Que *onde* habremos encajado con la catrea cuando hemos perdido de vista la ropa.



Máximas.

—La mujer es un mal perpétuo y necesario en el mundo.

—Si el mundo estuviera sin mujeres, se-

ria como un árbol sin hojas ó un prado sin yerbas.

—De mujeres ajenas no se debe hablar aunque sea en honra de ellas

—Por bien que hable la mujer le está mejor el callar.

—El que recibe gran dote al casarse, vende su dignidad.

—La mujer solo se sujeta al marido cuando se casa sin dote.

—La mujer fea ofende y daña la vista, la hermosa la vista y la razon.

—El que elige mujer hermosa arriesga el peligro de no disfrutarla solo, y el que la elige muy fea, el de morir asfixiado.

—Preguntada Theana la pitagórica, que cómo llegaría una mujer á ser señalada y elogiada, contestó: que hilando, tejiendo y teniendo cuenta con su rincón.

—Sucede con el verdadero amor como con la aparicion de los espíritus; todo el mundo habla de ellos y ninguno los ha visto.



Epígrama.

En un teatro, una actriz
que los cincuenta tenía,
el papel de vieja hacia
en *Una idea feliz*.

Entraba á verla Pareja,
cuando pintándose estaba
y con guasa preguntaba
¡Cómo! ¡No hace Vd. la vieja?

PASATIEMPOS.

Enigma.

Soy dúctil como la cera,
por más que tenga refuerzo,
y sin el menor esfuerzo
meto en cintura á cualquiera.

Veinte ojos tengo, y á fuer
de galán amartelado,
por ellos, aunque cegado,
me cautiva la mujer.

Es mi misión social
oprimir, y en vez de odiarme,
se recrea en abrazarme
el hombre mas liberal.



Problema.

Un padre tenía tres hijos y 20 reales que quería repartirles por partes iguales, sin que sobrara fracción alguna. ¿Cómo lo haría?



Símiles.

1.º ¿En qué se parecen las compañías de los ferro-carriles á los cabezas de familia?

2.º ¿En qué se parecen las campanas á los extremos?



Pregunta.

¿Qué se le puede embargar á cualquier persona sin auxilio de escribano ni alguacil?



Fuga de consonantes.

ca: :o:e: me e: m: :e:u::o
e::a:o :o á :a:o: :e:a: ,
:a: :e:a:a: :a: :i: :á::i:a:
y :o: e:o :o :e :e:a: .



Charada.

Soy una nota de música
que ayudada de una letra
y de las cinco vocales
puestas entre mí y ella,
puedo ser algo que mata,
ó algo que alumbra y se pliega,
ó un apellido español,
ó una cosita que rueda,
ó un papel que hacen en Roma
por la cuaresma.



Soluciones á los pasatiempos del núm. 10.

A los enigmas.—1.º LA LLAVE.—2.º LA JUSTICIA.

A la charada.—VIAJEROS.

Al salto del caballo, remitida por doña Crispina Sanchez Alarcon, de Alhama.

Es la mujer cual la flor
que mientras dura en la mata,
conserva su esencia grata
y su brillante color.
Mas al sentir el rigor
con que una mano atrevida
su bella corola orguida
profana vil á imprudente,
pierde el rubor de su frente
y el aroma de su vida.

AVISO.

Los regalos que damos en los sorteos de lotería correspondieron en el último en que salió premiado con el mayor el número 8315, á los suscritores don Adolfo Rodríguez Gamez, D. Arsenio Montañés y D.ª Sofia Calatrava que tienen en la lista los números 15, 115 y 215. En el sorteo del día 14 daremos otras novelitas á los que resulten agraciados.